

ENRIQUE
PALAZUELOS

LA ECONOMÍA DEL CRECIMIENTO EN EQUILIBRIO

Fabulando sobre una leyenda




akal

Akal / Anverso

Enrique Palazuelos

La economía del crecimiento en equilibrio

Fabulando sobre una leyenda



akal

ARGENTINA
ESPAÑA
MÉXICO

El primer objetivo de este libro es trazar la trayectoria que ha seguido la tradición neoclásica para construir sus teorías económicas. Esas teorías se sostienen sobre cuatro piezas analíticas que, entrelazadas, forman el siguiente enunciado: el *mercado de competencia perfecta* proporciona un *sistema de precios* que garantiza el *equilibrio económico* y genera *crecimiento en equilibrio*. Con dichas piezas, las sucesivas versiones neoclásicas han creado una colección de procedimientos lógicos que son internamente consistentes porque se han desarrollado a partir de unos postulados inverosímiles, que expresamente se han establecido para aplicar determinadas técnicas cuantitativas.

Las teorías neoclásicas han pretendido explicar el crecimiento de las economías capitalistas desde unas premisas estáticas y referidas a decisiones individuales, mientras que los procesos reales son agregados, dinámicos y cíclicos. Así pues, el análisis de la intra-historia neoclásica permite poner de manifiesto su irrelevancia para explicar los principales fenómenos que caracterizan el comportamiento real de las economías.

El segundo objetivo del libro consiste en indagar cuál es el entramado de factores que explica por qué -a pesar de esa irrelevancia- se ha mantenido el dominio académico de la tradición neoclásica a lo largo del último siglo y medio.

El propósito último de este trabajo es abrir ventanas intelectuales que contribuyan a evitar que nuevas generaciones de universitarios se formen en una visión escolástica del análisis económico dedicada a fabular sobre un universo inexistente, radicalmente extraño al que tiene lugar en la vida real de las economías.

Enrique Palazuelos, catedrático de Economía Aplicada de la Universidad Complutense de Madrid hasta su jubilación, ha publicado a lo largo de su extensa trayectoria académica numerosos libros y artículos sobre crecimiento económico, mercados financieros internacionales y economía de la energía.

Entre sus últimas obras publicadas en Ediciones Akal cabe reseñar títulos como *El oligopolio que domina el sistema eléctrico. Consecuencias para la transición energética* (2019), *Cuando el futuro parecía mejor. Auge, hitos y ocaso de los partidos obreros en Europa* (2018), *Economía Política Mundial* (dir., 2015) o *El petróleo y el gas en la geoestrategia mundial* (dir., 2009).

Diseño de portada
RAG

Motivo de cubierta
El Lissitzky, *Neuer*, 1920-1921

Reservados todos los derechos. De acuerdo a lo dispuesto en el art. 270 del Código Penal, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes sin la preceptiva autorización reproduzcan, plagien, distribuyan o comuniquen públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, fijada en cualquier tipo de soporte.

Nota editorial:

Para la correcta visualización de este ebook se recomienda no cambiar la tipografía original.

Nota a la edición digital:

Es posible que, por la propia naturaleza de la red, algunos de los vínculos a páginas web contenidos en el libro ya no sean accesibles en el momento de su consulta. No obstante, se mantienen las referencias por fidelidad a la edición original.

© Enrique Palazuelos, 2022

© Ediciones Akal, S. A., 2022

Sector Foresta, 1
28760 Tres Cantos
Madrid - España

Tel.: 918 061 996
Fax: 918 044 028

www.akal.com

ISBN: 978-84-460-5185-5

*Esta es la lección que todo el mundo debería recordar siempre:
cómo en todas partes la riqueza consigue reino, fuerza y poder.*

(Solón, s. VI a.C.)

Introducción

Uno de los chistes más conocidos sobre los economistas dice que, si se trata de encontrar a un gato negro que no existe en una habitación oscura, un economista es capaz de elaborar un modelo que con gran precisión explica todos los movimientos del gato en la habitación. Aunque no fuera esa la intención de quien ideó tal broma, lo cierto es que no estuvo desencaminado a la hora de detectar el modo en que, metafóricamente, ese gato inexistente ha ocupado un lugar central en la teoría económica dominante.

Los orígenes del análisis económico, en cuanto disciplina con un campo específico de conocimiento, remiten al momento en que un grupo de pensadores acertó a plantear una colección de buenas preguntas sobre lo que en aquel entonces despuntaba como una realidad emergente: el crecimiento económico basado en la producción de manufacturas. Así fue como, en los albores de la industrialización, los pioneros de la Economía Política se propusieron aportar luz a una habitación oscura: la economía capitalista de finales del siglo XVIII y principios del XIX. Buscando respuestas a sus preguntas, aquellos economistas crearon los fundamentos con los que explicar cómo y por qué se llevaba a cabo la acumulación de capital y la creación de riqueza.

Sin embargo, aquella iluminación intelectual aportada por la Economía Política llegó de la mano de una presunción cuya importancia era decisiva para explicar lo que sucedía en aquella habitación oscura: el mercado de competencia perfecta que armonizaba las relaciones entre quienes intervenían en la actividad económica. Adam Smith formuló la parábola de la «mano invisible» como si se tratase de un demiurgo platónico capaz de ordenar las relaciones

económicas. Aunque en realidad esa idea procedía de otra que habían elaborado varios pensadores de la Ilustración. Estos habían ensalzado las virtudes armoniosas del comercio que se realizaba entre los individuos para contraponerlas a la opresión con la que las monarquías absolutistas y las autoridades eclesiásticas asfixiaban las libertades personales y colectivas en las sociedades medievales.

Una segunda referencia tópica acerca de los economistas, en este caso sin chiste y nacida dentro de la profesión, es la de considerar que son los guardianes de la *racionalidad*, según las palabras de Kenneth Arrow (1974b), o bien los que garantizan la dieta básica de la *eficiencia*, según la reciente expresión de William Nordhaus (2021), por citar a dos eminentes economistas. El tándem racionalidad-eficiencia alude a los ingredientes de la versión del gato negro que introdujo la Economía Marginalista en la segunda mitad del siglo XIX: el equilibrio como principio atractor que rige el funcionamiento de la economía.

Puede considerarse que esa caracterización equivale a una segunda parábola, que es heredera de la anterior pero refleja ciertas novedades importantes relacionadas con los cambios que se habían ido produciendo a lo largo de aquel siglo XIX. La profesión de economista había conocido una notable expansión, debido a que el desarrollo de las actividades productivas, comerciales y financieras necesitaba contar con personal especializado. En paralelo, había tenido lugar un rápido aumento de las instituciones dedicadas a la formación de esos profesionales y se había configurado una «Academia» que ejercía como autoridad depositaria del conocimiento económico.

Desde las cátedras universitarias, las asociaciones profesionales y las publicaciones académicas, esa autoridad se encargaba de establecer el contenido fundamental de lo que pasó a denominarse la *Economics*. La Academia codificó los cánones que debían regir las tres funciones

básicas del análisis económico: proporcionar los conocimientos con los que se formaban los futuros economistas, definir los principios con los que se desarrollaban nuevos conocimientos y fijar las ideas centrales con las que se difundía en la sociedad lo que era el buen funcionamiento de la economía.

La *Economics* Marginalista surgió en la encrucijada de varias propuestas que presentaban diferencias apreciables, pero coincidían sustancialmente en el ensamblaje de las tres piezas que se convirtieron en los pilares de la tradición neoclásica: el mercado de competencia perfecta determinaba la formación de un sistema de precios que garantizaba el equilibrio económico. Para ello, la ortodoxia académica tuvo que abandonar lo que había sido el arco de bóveda de la Economía Política: la explicación del crecimiento económico y de la dinámica de acumulación de capital. Mucho tiempo después, a mediados del siglo XX, nuevas versiones de la tradición neoclásica introdujeron el crecimiento económico como cuarta pieza analítica, mediante una extensión de la tercera, bajo el concepto de «crecimiento en equilibrio».

Antes de seguir con la presentación es conveniente aclarar el significado de varios términos que se acaban de mencionar, a propósito de la ortodoxia y la tradición neoclásica; términos que son profusamente utilizados a lo largo del libro. El concepto de *tradición de pensamiento*, o de investigación, lo comencé a utilizar en Palazuelos (2000) siguiendo la propuesta de Larry Laudan (1992, 1996) e incorporando varios rasgos aportados por Norwood Hanson (1985) y Stephen Toulmin (1977). Una tradición constituye un modo de sistematizar la epistemología de una disciplina, es decir, sus fundamentos y sus procedimientos, definiendo qué conocer, cómo hacerlo y cómo validar el conocimiento.

Implica, por tanto, la uniformidad básica de un colectivo intelectual que dispone de una *codificación canónica*, es decir, de una ortodoxia con la que demarcar el dominio de

los problemas que se deben abordar, los principios en los que basarse, las normas básicas a seguir y las estructuras de recompensa con las que premiar o castigar a sus integrantes. La coherencia de una tradición reside en la solidez con la que el colectivo piensa y trabaja en torno a un mismo núcleo epistemológico (*core*), mientras que la riqueza de la tradición estriba en la fertilidad con la que fomenta el esfuerzo por encontrar nuevos hallazgos y, pasado el tiempo, nuevas versiones que consoliden el desarrollo de la tradición.

Consecuentemente, si la tradición neoclásica ha dominado el pensamiento económico durante siglo y medio ha sido por su capacidad de formular sucesivas versiones que, compartiendo el mismo *core*, han promovido nuevos desarrollos de la *Economics*. Cada versión convertida en el sustento de la ortodoxia ha combinado las piezas medulares de la tradición con aportaciones innovadoras.

La primera codificación provino de las contribuciones seminales del marginalismo, surgido en las décadas finales del siglo XIX, a las que se sumaron extensiones realizadas en las primeras décadas del siguiente siglo. La segunda codificación tomó el testigo a mediados del siglo XX, teniendo como rasgo distintivo el modo sincrético de combinar la perspectiva microeconómica que aportaban aquellas piezas marginalistas con una perspectiva macroeconómica que se declaraba inspirada por las ideas keynesianas. La tercera codificación irrumpió en el último cuarto del siglo XX, a través de una reformulación de la perspectiva macro, en realidad sustituida por otra elaborada con los mismos fundamentos micro. En la actualidad, asistimos a un «tiempo de nadería» en el que no existe una nueva versión dominante, pero sí resulta evidente el predominio de un denominador común de las formulaciones canónicas de la Academia: su adscripción al mismo núcleo analítico que siempre ha caracterizado a la tradición neoclásica.

Una vez aclarados los conceptos más básicos desde los que se irán hilvanando las principales ideas planteadas en este libro, paso a exponer cuál ha sido la motivación que ha ejercido como catalizador para su elaboración. Tras casi cuarenta años dedicado a la docencia universitaria y a la investigación académica sobre la economía mundial, la razón última podría expresarse como si se tratase de una única causa acumulativa: la larga cadena de insatisfacciones que me produjo ir constatando que las distintas versiones neoclásicas no proporcionaban buenas explicaciones que contribuyeran a conocer la dinámica de crecimiento de las economías reales. Una vez tras otra, se hacía evidente que las teorías ortodoxas no eran capaces de afrontar el análisis de la mayor parte de los principales hechos y fenómenos que caracterizaban la trayectoria seguida por las economías capitalistas.

Una constatación que, unida a las importantes inconsistencias que presentan entre sí esas teorías, chocaba de manera frontal con la pretensión de que hacían gala los economistas neoclásicos. Suponían que la *Economics* era fruto de una elaboración científica y que la validez de sus teorías y modelos quedaba acreditada por los recursos técnico-matemáticos que utilizaban.

El foco principal de mi atención se dirigió al modo tan despreocupado con el que esos economistas interpretaban y aplicaban las piezas analíticas que instituyó el marginalismo y que pasaron a formar el *core* de la tradición. El mercado de competencia perfecta cuyo sistema de precios garantizaba el equilibrio de la economía respondía, en primera instancia, a la parábola de Smith, pero su formulación integral quedó establecida a raíz de la contundente versión que formuló Walras y que completó Pareto. Su enunciado parecía simple, ya que se refería a las implicaciones virtuosas del intercambio mercantil (la compra-venta a cambio de dinero) de bienes de consumo y de factores (trabajo, capital), que se llevaba a cabo de

manera espontánea y simultánea.

Sin embargo, aquella versión del equilibrio económico general incorporaba una serie de condiciones ciertamente complejas y numerosas acerca de la competencia perfecta. Contemplaba que todos los bienes y todos los factores de producción eran plenamente homogéneos, absolutamente móviles, infinitamente descomponibles y perfectamente sustituibles entre sí. A la vez, los intercambios eran realizados por una multitud de individuos (consumidores y productores), independientes entre sí, cuyas conductas también eran homogéneas, disponían de la misma información sobre los mercados y sus decisiones eran enteramente racionales, porque siempre estaban guiadas por criterios de maximización (de la utilidad en los consumidores y de los costes en los productores).

Sólo bajo condiciones tan exigentes podía existir un sistema de precios relativos que reflejara perfectamente y con absoluta flexibilidad la situación simultánea de todos los mercados de bienes y de factores, que servían de referencia para las decisiones que tomaba esa multitud de individuos. De esa forma, las conductas maximizadoras garantizaban que la economía se mantuviese en equilibrio, merced a la coincidencia de las cantidades que unos deseaban comprar y otros deseaban vender en cada mercado, igualando la oferta y la demanda del conjunto de la economía.

Más tarde, los requisitos de aquella versión seminal fueron reformulados, añadiéndose exigencias todavía más duras. Por un lado, Wald, Neumann, Arrow y Debreu colocaron la teoría del equilibrio general bajo las coordenadas de la estricta aplicación del axiomatismo matemático. Por otro lado, Samuelson vinculó las premisas del equilibrio económico a las coordenadas que se derivaban de la analogía con el equilibrio característico de la termodinámica.

Es obvio que hoy en día resulta una tarea difícil, aunque

no imposible, encontrar economistas académicos que piensen que la vida real responde a semejantes idealizaciones. Sin embargo, como quedará patente a lo largo del libro, una gran parte de los trabajos adscritos a la tradición neoclásica, tras reconocer diferencias con el ideal, reflejan distintos grados de credulidad en que los mercados reales funcionan en condiciones que admiten parangón o al menos pueden analizarse *como si* funcionasen con competencia perfecta.

Otros académicos relajan ese grado de credulidad y prefieren resaltar la funcionalidad metodológica que proporcionan las nociones basadas en el equilibrio económico y en el crecimiento en equilibrio para construir teorías y especificar modelos con los que acercarse a comprender la realidad económica. En particular, resaltan las ventajas que aportan esas nociones para aplicar determinadas técnicas matemáticas y para organizar las relaciones que existen entre las variables utilizadas en el análisis.

Ciertamente, el énfasis en las virtudes metodológicas da lugar a una posición conceptual más relajada sobre las piezas analíticas neoclásicas, pero no por ello deja de arrastrar importantes lastres que empujan al análisis económico hacia dos cuadraturas del círculo. La primera es cómo se puede pretender que unas formulaciones teóricas construidas desde postulados que son *inhumanos* en unos casos, manifiestamente *inverosímiles* en otros y absolutamente *irreales* en otros, entablen un diálogo fecundo con la realidad económica. La segunda es cómo se puede pretender que unas deducciones teóricas marcadamente estáticas –basadas en postulados destinados a proporcionar soluciones optimizadoras sobre asignaciones eficientes de individuos atomizados– sirvan para interpretar el comportamiento de unas economías reales cuyos procesos son agregados, dinámicos y ostensiblemente cíclicos.

Ambas cuadraturas imposibles están en el origen del gran número de anomalías que ha ido acumulando la tradición neoclásica. Comenzando por los superlativos ejercicios de amnesia que tuvo que realizar para olvidar que conceptos claves, como el de libre mercado, fueron incorporados al análisis económico mediante un contenido moral que después fue sustituido por otro que pretendía ser objetivo. De ese modo, el mito construido durante la Ilustración y asumido por Adam Smith acerca de un mercado provisto de atributos morales virtuosos se convirtió en una leyenda que otorgaba a ese mercado ideal unas credenciales equilibradoras con las que uniformizar y agregar las conductas individuales.

No menos embarazosos resultaron los ejercicios de prestidigitación con los que, de un lado, los postulados marginalistas definían las rígidas condiciones con las que funcionaba el mercado de competencia perfecta –con el fin de que se pudiera aplicar el cálculo diferencial–, mientras que, de otro lado, prescindiendo de aquel rigor, se rebajaban fraudulentamente las condiciones que debía cumplir la economía real para que se pudieran trasladar las conclusiones obtenidas con aquellos postulados ideales.

Otro de los ejercicios favoritos de la tradición ha sido recurrir a la retórica del «como si», un procedimiento que aparece varias veces a lo largo del libro. Haciendo uso de tal recurso, en un primer momento se reconoce que determinados postulados y/o planteamientos teóricos están distanciados de la realidad, o incluso la contradicen; pero, en un segundo momento, a continuación, se introducen nuevos supuestos con los que se vuelven a recuperar las propuestas construidas con dichos postulados y/o planteamientos iniciales.

Se trata de un modo de proceder similar al que refleja otro de los chistes más conocidos sobre los economistas. Aquel en el que varios científicos, aislados en una isla, debaten sobre cómo abrir una lata que contiene el único

alimento del que disponen. Tras escuchar las respuestas hipotéticas de sus compañeros matemáticos, físicos, químicos e ingenieros, el economista toma la palabra y comienza suponiendo que la lata ya está abierta.

Anomalías que apuntan al modo con que la tradición neoclásica se ha parapetado detrás de un repertorio de procedimientos lógicos que resultan internamente consistentes en la medida en que se desarrollan a partir de unos postulados expresamente establecidos para habilitar el empleo de determinadas técnicas cuantitativas. En otras palabras, se trata de procesos autocontenidos que operan sobre sí mismos provistos de mecanismos autorreferenciales, de tal modo que la argumentación deductiva y las conclusiones están condicionadas por el isomorfismo inicial entre las premisas y las técnicas que se aplican. Un *modus operandi* que recuerda la expresión medieval con la que las elites aristocráticas y religiosas invocaban a la deidad para justificar su dominio terrenal: «Dios, álzate para defender tu propia causa», siendo ellos mismos los que interpretaban la voluntad de ese dios.

La constatación de tales anomalías hizo que, por mi parte, se fueran sedimentando las evidencias, tanto lógicas como históricas, de las que extraje la conclusión de que las teorías neoclásicas eran irrelevantes para explicar las dinámicas reales de las economías. Esa conclusión es el fundamento de los dos objetivos que guían este libro. Primero, exponer el contenido sustancial de las sucesivas versiones de la tradición neoclásica para mostrar su insignificancia a la hora de comprender esas dinámicas reales. Segundo, interpretar por qué, a pesar de esa irrelevancia analítica, la tradición neoclásica ha dominado el pensamiento económico, tanto desde el punto de vista académico como a escala social.

El hecho de que ese persistente dominio haya traspasado fronteras, primero bajo la influencia británica, y europea en general, y después bajo la hegemonía estadounidense,

invita a desechar cualquier explicación basada en factores que se refieran a una determinada época o a una ubicación geográfica específica. Igualmente, la disparidad de las características personales e institucionales de las figuras descollantes que han liderado cada una de las versiones de la ortodoxia, descarta cualquier pretensión de encontrar buenas explicaciones en el detalle de ciertos rasgos subjetivos o meramente ideológicos.

Basta con repasar el elenco de las sucesivas generaciones de académicos que han desarrollado las principales propuestas teóricas de cada periodo. Todos ellos poseían grandes conocimientos, indudables habilidades técnicas y una extraordinaria capacidad para construir formulaciones novedosas, a pesar de sus diferentes orígenes, procedencias sociales, sensibilidades políticas y recorridos académicos. Por tanto, no sirve de nada tirar las redes de pesca en esos caladeros, ni pretender encontrar respuestas simples, monocausales o maniqueas.

La indagación que propone el libro apunta hacia un entramado de factores que fueron operando con distintas secuencias e intensidades a lo largo del tiempo. Unos factores fueron decisivos para entronizar al primer marginalismo y después se fueron reproduciendo bajo diferentes condicionantes, a la vez que fueron surgiendo otros nuevos. Unos y otros conformaron una trama de elementos convergentes que cabe integrar en cuatro grupos de características.

En primer lugar, cada versión dominante hizo gala de un doble sentido de oportunidad. De un lado, su capacidad para horadar las grietas que presentaba la versión precedente y para ofrecer respuestas a sus debilidades; y, de otro lado, su capacidad para sintonizar con las nuevas ideas y valores prevalecientes en su época.

En segundo lugar, cada versión ha redoblado su apuesta científico-matemática, pretendiendo dotar a la *Economics* de un estatus semejante al de las «ciencias duras», con la

Física como principal referencia. Se explica así el modo en que se ha ido intensificando la utilización de determinadas técnicas matemáticas con el propósito de aportar las propiedades básicas de toda disciplina científica: lenguaje riguroso, consistencia interna, resultados concluyentes y potencia predictiva. En ese sentido, no está de más recordar que casi todos los líderes de las sucesivas versiones neoclásicas se habían formado como matemáticos o ingenieros, con una cosmovisión basada en las ciencias físicas que trasladaron al análisis económico.

En tercer lugar, cada versión dominante ha ido de la mano de la renovación generacional de los líderes que han ejercido el poder académico, es decir, de quienes han ejercido la autoridad para demarcar el canon de la disciplina y para gestionar la estructura de recompensas. Y en cuarto lugar, cada versión ha dispuesto de un cinturón protector externo, esto es, un conjunto de ventajas con las que los poderes económicos y políticos preponderantes en la sociedad han favorecido el dominio de la codificación correspondiente y de la autoridad que ostentaban los poseedores del poder académico.

Es así como, incorporando los elementos específicos que se irán examinando para cada periodo, cabe confeccionar la madeja de factores con los que obtener una interpretación verosímil acerca de la trayectoria seguida por la tradición neoclásica. Una explicación de carácter histórico que toma en cuenta la presencia de ciertos mecanismos de causación, que resultan imprescindibles para comprender el modo en que aquellas formulaciones – construidas a partir de la utilidad marginal y de los incrementos marginales decrecientes– se instalaron en el pensamiento académico. Se trataba de ideas meramente especulativas sobre la existencia de un mecanismo lógico de decisión sobre el consumo y la producción, que permitía determinar asignaciones técnicamente eficientes siempre que se cumplieran unos supuestos exageradamente

restrictivos.

Sólo si se cumplían esas premisas cabía deducir la posibilidad de tales asignaciones, sin que permitieran deducir nada en el caso de que las premisas fueran distintas. Sin embargo, en lugar de recibir el tratamiento distante y crítico que merecía aquel espejismo «rara avis», nacido de semejantes postulados, varios factores causales sentaron las bases con las que la *Economics* emprendió el brillante futuro que desde entonces alcanzó.

La organización del libro responde a los dos objetivos planteados. Cada versión codificadora del canon neoclásico de su época se expone siguiendo un mismo esquema. Tras destacar algunos aspectos del contexto de su época, primero se exponen los fundamentos de cada formulación y después se abordan los elementos que explican su posición dominante. Ese es el orden con el que se estructuran los capítulos dos, cuatro, cinco, siete y ocho.

Por consiguiente, primero se explican los fundamentos, analizando el modo como se articulan sus postulados, sus nudos argumentales y sus tesis. Los *postulados* son los principios que se asumen como premisas, bien porque se justifican con hechos evidentes o con teorías previas, bien porque se toman como axiomas (indemostrables). Los *nudos argumentales* son las deducciones que se realizan a partir de los postulados, siendo habitual que incluyan nuevos supuestos. Las *tesis* son los resultados conclusivos que se obtienen de los desarrollos deductivos. En segundo lugar, para explicar la posición dominante, se utilizan los cuatro grupos de causas antes señalados, esto es, el doble sentido de oportunidad, la apuesta científico-matemática, el ejercicio de poder académico y el cinturón protector externo.

Previamente, el capítulo inicial examina los fundamentos de la Economía Política que sentaron las bases del análisis económico centrado en la dinámica de acumulación y crecimiento. Es así como, después, se puede poner de

manifiesto el abandono de la mayor parte de aquellas bases analíticas por parte de la tradición neoclásica. De forma intercalada, los capítulos tres, seis y nueve abordan dos facetas críticas con respecto a dicha tradición. De un lado, se destacan las principales evidencias empíricas que, en cada época, contradecían de manera flagrante las principales tesis de la ortodoxia dominante. De otro lado, se introducen de manera sintética las principales formulaciones teóricas que disentían de aquellas versiones dominantes.

Así pues, la organización del libro mantiene ciertas trazas que son comunes en los textos sobre la historia del pensamiento económico; pero, al mismo tiempo, el libro incorpora otros rasgos que lo distancian de esos textos. La semejanza nace del criterio temporal con el que se han ordenado los capítulos, con el fin de ir presentando de forma secuencial las versiones de la tradición neoclásica. Además, ese hilo temporal se refuerza con los capítulos en los que se presentan las principales evidencias históricas y las propuestas disidentes. De hecho, como no podía ser de otro modo, buena parte del material bibliográfico que he utilizado para elaborar el libro se compone de textos de historia del pensamiento, cuya recopilación figura al final del volumen.

Por tanto, atendiendo a ese perfil cronológico, cabría considerar que se trata de un trabajo sobre la (intra)historia de la tradición neoclásica. Lo cual no sería un empeño menor si se tiene en cuenta que desde mediados del siglo XX, sobre todo en las universidades de Estados Unidos, los planes de estudio fueron abandonando la enseñanza de la historia del pensamiento económico, alejando a los estudiantes y a los futuros académicos del conocimiento de la intra-historia de las teorías que fueron integrando la tradición neoclásica. De ahí la broma con la que Mark Blaug (2001) titulaba su artículo «No history of ideas, please, we are economists».

Sin embargo, este libro se distancia de los textos de historia del pensamiento en varios aspectos importantes. Presenta una exagerada desproporción entre, de una parte, la extensión y el tratamiento sistemático con la que se examinan las versiones neoclásicas y, de otra parte, el escueto espacio y la selección temática que se dedica a las formulaciones disidentes. En el mismo sentido, el libro deja de lado examinar temáticas importantes, como son las relativas al funcionamiento de la economía mundial y al análisis de la economía del desarrollo, así como enfoques disciplinarios surgidos en las últimas décadas, como son la economía computacional, la economía experimental y la economía ambiental. Pero incluso las versiones ortodoxas tampoco se examinan de forma integral, sino que se prioriza el análisis de las piezas medulares de la tradición (mercado-precios-equilibrio-crecimiento), en detrimento o ignorando otras temáticas y otras propuestas adscritas a la tradición.

Tales sesgos obedecen a las exigencias que se derivan de los dos propósitos perseguidos por el libro. Primero, examinar la dialéctica entablada entre el núcleo o *core* que es común y los elementos que son singulares de cada versión con respecto a las cuatro piezas analíticas. Segundo, interpretar la operativa causal con la que se ha reproducido el dominio académico de la tradición. Esos dos objetivos no suelen figurar entre las prioridades de los textos de historia del pensamiento. Tampoco es habitual que incorporen referencias al curso histórico de las economías reales. Sin embargo, esas referencias son obligatorias en este libro. Al menos en sus rasgos más sustantivos, puesto que una exposición detallada de las dinámicas económicas correspondientes a cada época daría lugar a una desmedida extensión del libro.

Por tanto, recurrir al hilo histórico es imprescindible para analizar la sucesión de continuidades y rupturas que han ido registrando las versiones dominantes de la tradición.

Ese hilo permite esclarecer cuestiones importantes que están ausentes en las narrativas que ha ido generando la propia tradición.

Tanto los manuales que han codificado los cánones académicos como muchos otros textos ortodoxos sólo incorporan referencias históricas sobre la tradición cuando pretenden presentar la *Economics* como si fuera el acervo de conocimientos obtenido mediante una trayectoria similar a la que sigue el progreso científico. Es decir, como si la *Economics* se hubiese construido a través de contribuciones teóricas que se hubieran ido validando mediante contrastes y dejando de lado aquellas propuestas que no concordasen con dichas pruebas. Una semejanza que no se corresponde en absoluto con lo que ha sido el recorrido de la tradición neoclásica, cuyo *core* ha persistido casi inmaculado a lo largo del tiempo y ha coexistido con formulaciones teóricas que entrañaban planteamientos contradictorios bastante significativos.

Es rotundamente incierto que el acervo neoclásico se haya ido nutriendo de formulaciones contrastadas con la realidad. El repaso de la intra-historia de la tradición desvela que tanto sus postulados como sus tesis centrales están desprovistas de cualquier prueba de contraste que merezca tal calificativo. En sentido contrario, resulta notorio que muchos de esos planteamientos se oponen a los hechos y fenómenos más importantes que han jalonado el curso de las economías capitalistas.

Contra toda evidencia y exhibiendo un superlativo descaro ideológico, manuales profusamente utilizados, como el de Microeconomía elaborado por James Quirk, afirman que se trata de una disciplina con base científica porque trata sólo de proposiciones contrastables. Como si el mundo funcionara del revés. Como si cualquier objeto con forma ovalada y de color blanco pudiera ser un huevo, ignorando que eso es inviable si su interior carece de los componentes orgánicos con los que el huevo cobra

existencia real.

En ese sentido, conocer la trayectoria seguida por la tradición neoclásica permite comprender los saltos y las contradicciones a través de las cuales se conformaron sus codificaciones dominantes. Por esa razón, el conocimiento de esa intra-historia aporta luces para entender que la crítica a la tradición neoclásica no obedece al carácter abstracto de sus teorías, ni al hecho de que utilice técnicas matemáticas, ni a que sus tesis no reflejen de forma inmediata y directa los hechos reales.

La abstracción y la simplificación son ejercicios intelectuales necesarios en cualquier elaboración teórica. La formulación de teorías implica la necesidad de separar las distintas partes de la cuestión que se somete al análisis con el fin de centrar el conocimiento en sus aspectos sustantivos. Por ello, el análisis necesita que las formulaciones teóricas sean reducidas y precisas, con el fin de sintetizar esos aspectos sustantivos que aportan una buena explicación de la cuestión examinada. El auténtico *quid* de la cuestión radica en aclarar qué ejercicio de abstracción y qué tipo de simplificación se llevan a cabo.

Siendo ese el dilema, la pregunta fundamental que pivota sobre la tradición neoclásica es cuál es la capacidad interpretativa que proporcionan sus formulaciones teóricas acerca de la dinámica real de la economía, habiendo sido construidas a partir de una colección de postulados que oscilan entre lo inverosímil y lo imposible. La tan frecuente apelación a que se trata de una «teoría pura», evocada desde los orígenes del marginalismo, no puede servir para justificar que sus formulaciones sean irrelevantes para interpretar lo que sucede realmente en la vida económica.

Por esa razón, la raíz de la crítica a la *Economics* no se dirige al carácter abstracto de sus teorías, sino a que el tipo de abstracción que lleva a cabo sólo conduce a la construcción de una *teorética*, es decir, una elaboración autocontenida que es infecunda porque es incapaz de

aportar conocimiento acerca de cómo se desenvuelven las economías reales.

En cierta ocasión, con motivo del centenario del nacimiento de Keynes, celebrado en 1983, escuché a Julio Segura, catedrático de Microeconomía de la Universidad Complutense, un ejemplo que desde entonces me ha parecido de los más felices para explicar la diferencia entre la coherencia interna y la relevancia interpretativa. Se puede diseñar un artefacto con la precisión mecánica de un reloj, suponiendo que sus agujas rotan en el sentido contrario, que el día tiene 50 horas, la hora tiene 100 minutos y el minuto tiene 100 segundos. Dicho artefacto gozará de plena coherencia y su funcionamiento lógico podrá reflejar la brillantez de su creador, pero no podrá decir absolutamente nada acerca del tiempo real medido en consonancia con los principios astronómicos.

El asunto empeora cuando esa teórica pretende traspasar los muros académicos para convertirse en fuente normativa con la que determinar cuál debe ser el comportamiento efectivo de la economía. Es decir, cuando se pretende que las teorías ortodoxas guíen las pautas de actuación de los agentes privados y de los poderes públicos; cuando el análisis queda enterrado por la entonación de himnos ideológicos a propósito de los mercados y de las bondades intrínsecas del beneficio empresarial; cuando se ignora la importancia de las relaciones de poder que de forma permanente influyen en el funcionamiento de la economía. Es entonces cuando la obnubilación ideológica llega a provocar consecuencias terribles y, en nombre de la ortodoxia, los gobiernos toman decisiones que ocasionan nefastos efectos para la economía y para la vida de los ciudadanos.

Por supuesto, no todos los economistas neoclásicos han mantenido el mismo alineamiento estricto con los cánones de la ortodoxia establecida en su época, ni, menos aún, todos ellos han compartido las mismas posiciones sobre las

políticas económicas. De hecho, en la época actual abundan los ejemplos de modelos econométricos que difuminan las referencias teóricas desde las que se formulan; aunque en la mayoría de ellos no hay que esforzarse demasiado para apreciar que las bases con las que se justifica la especificación de los modelos siguen siendo concordantes con los planteamientos de la tradición.

La contundencia con la que este libro valora la infertilidad de las formulaciones neoclásicas para interpretar la dinámica económica no equivale a una posición de «tierra quemada». No cabe ignorar las numerosas contribuciones que desde esa tradición se han hecho sobre cuestiones que, efectivamente, se prestaban a ser examinadas desde la perspectiva analítica y con los instrumentos propios de la tradición. La crítica va dirigida a la posición dominante con la que sus fundamentos y sus procedimientos han pretendido vampirizar el análisis económico. Con particular énfasis, la crítica se centra en rechazar que las piezas analíticas que conforman el núcleo de la tradición puedan aportar conocimiento relevante acerca del crecimiento económico.

En ese sentido, el libro extrae una conclusión categórica: las teorías neoclásicas componen un edificio intelectual mal construido, que es irrelevante para comprender la dinámica de las economías capitalistas. Paradójicamente, la mejor contribución que aportan esas teorías es la de servir como demostración de lo contrario a lo que propugnan. Si el equilibrio y el crecimiento equilibrado sólo existen bajo unas premisas que son radicalmente ajenas al mundo real, entonces la conclusión adecuada es que las economías reales no pueden ser explicadas conforme a las propuestas basadas en el equilibrio y en el crecimiento equilibrado.

Por esa razón, este juicio crítico es también un lamento por la situación en la que se encuentra la enseñanza de la Economía. Habiéndome dedicado a la docencia sobre Economía Mundial durante casi cuarenta años, impartiendo

cursos de licenciatura, másteres y doctorados, nunca he dejado de sorprenderme por los estragos que causa el dominio académico de la teórica neoclásica. Estudiantes que daban sobradas muestras de inteligencia y obtenían elevadas calificaciones en las asignaturas sobre teoría económica y técnicas cuantitativas, después mostraban una forma de pensar robotizada y se mostraban crédulos hasta la médula en el arsenal de conocimientos mecánicos que habían recibido. Hasta el punto de que no pocos de ellos quedaban seriamente descorazonados cuando lograban sopesar la insustancialidad de dicho arsenal para acercarse a conocer lo que acontecía en la vida real.

En ocasiones utilicé la metáfora de que parecían alumnos de una escuela de esgrima londinense que durante la Primera Guerra Mundial fueran lanzados con sables, espadas y floretes a enfrentarse con la cruda realidad de los Gran Berta, los poderosos cañones alemanes. El resultado no podía ser otro que el desastre.

Recurriendo a la autoridad intelectual de Herbert Simon (1986), cabe calificar como un escándalo el hecho de someter a sucesivas generaciones de jóvenes influenciables a un ejercicio escolástico como si este dijera algo sobre el mundo real. Tal ejercicio incentiva que los economistas traten los fenómenos de la vida real desde postulados que están en flagrante contradicción con dicha realidad.

Mi asombro se hacía máximo al consultar la literatura sobre crecimiento económico, que fue uno de los temas de investigación en los que trabajé durante bastantes años. Una desbordante cantidad de artículos pretendía entablar interlocución con los procesos reales que mostraba el crecimiento de las economías, basándose en postulados imposibles, utilizando formulaciones carentes de significado económico y proponiendo modelos que incorporaban restricciones adicionales sólo pensadas para poder aplicar las técnicas cuantitativas previamente decididas.

Múltiples trabajos que entonaban un eureka, atribuyendo calidad demostrativa a los resultados de unos modelos estimados bajo tales condiciones, pero guardaban silencio ante el hecho de que leves variaciones en algunos supuestos, retoques en las técnicas de estimación o pequeños cambios en las variables o en los periodos considerados, daban lugar a resultados muy diferentes. Una evidencia que debería hacer tambalear la firmeza en tanta credulidad e inducir a pensar que la explicación del crecimiento económico requería de enfoques más complejos, capaces de incorporar nuevas variables y relaciones estructurales ajenas a las que contemplaban los modelos sustentados en la ortodoxia tradicional.

La situación académica empeoró ostensiblemente desde los años ochenta cuando la enseñanza impartida en los primeros cursos se convirtió en el aprendizaje de una jeringonza de teoremas matemáticos presentados como teorías económicas, que después se profundizaban en los cursos posteriores. Un enfoque docente que exigía a los estudiantes un continuo derroche de imaginación y una ostensible desidia para dialogar con la realidad. Los manuales con los que se les adiestraba comenzaban planteando que, «para simplificar», cabía suponer la existencia de una economía con una única persona y un único bien.

Un Robinson Crusoe que en su isla distribuía voluntariamente su tiempo entre el trabajo y el ocio a lo largo de un tiempo infinito, disponiendo de un único producto que servía tanto para consumo como para producción. La «relajación» de esos supuestos llegaba en forma de una economía equivalente a una unidad familiar que tomaba las decisiones de producción y consumo, decidía el tiempo que dedicaría durante toda su vida al trabajo, al ocio y a su propia formación, y poseía todos los saldos monetarios.

Exageraciones estrambóticas y simulaciones ridículas,

pero no exentas de un propósito claro y concreto: asimilar un modo de razonar sustentado en premisas que admitieran determinadas aplicaciones matemáticas conducentes a determinadas formulaciones. De ahí que resultase difícil responder qué distancia era mayor con respecto a la realidad económica del planeta Tierra, si la esotérica economía imaginada por ese Robinson o el universo fílmico creado en la *Guerra de las Galaxias*.

Tiempos de tinieblas en los que la asignatura de Introducción a la Economía se convirtió en la introducción a una Microeconomía plagada de esoterismos expresados en formatos matemáticos. Una situación lamentable que llegó a alcanzar cotas de auténtico delirio intelectual. El mayor hito que tuve ocasión de conocer (mejor, de sufrir) directamente sucedió a mediados de los años ochenta en la Facultad de Económicas de la Universidad Complutense, cuando los estudiantes llegaban a segundo curso sin conocer el concepto de PIB y otros igualmente tan básicos. Por supuesto, tampoco habían recibido información alguna sobre el crecimiento o sobre las crisis económicas.

Un desastre que resulta difícil de soportar para quienes, habiéndonos formado como economistas con los textos de la tradición neoclásica que se utilizaban al comenzar los años setenta, no obstante, habíamos tenido la suerte de tener profesores liberados del caparazón dogmático que se impuso después. En el desagradable páramo llamado Campus de Somosaguas, donde el gobierno franquista había confinado a la facultad, el profesor Ángel Rojo y sus discípulos impartían un curso introductorio de Economía, al que en cursos posteriores seguían los de Microeconomía – que enseñaba el profesor Julio Segura–, Macroeconomía y, ya en la especialidad, Macroeconomía Superior, ambos a cargo del propio Ángel Rojo.

Los manuales de referencia, los apuntes y el contenido de las clases que impartían se ceñían a la ortodoxia entonces dominante, pero al mismo tiempo los estudiantes

recibíamos información sobre los problemas a los que se enfrentaba aquella ortodoxia y sobre la existencia de propuestas alternativas. Además de la precisión en el uso de los conceptos macroeconómicos y del manejo del esquema IS-LM, característico de la Síntesis neoclásico-keynesiana, el profesor Rojo presentaba las limitaciones de las teorías vigentes sobre el consumo, la inversión, la moneda o el sector exterior. De ese modo, podíamos entender las dificultades para hacer compatibles ciertas teorías micro y macro, así como el choque que suponía el intento de relacionar las tesis aprendidas con la realidad de la economía española, a la luz de los datos estadísticos que recogían los anuarios del Banco de España con los que teníamos que trabajar. Con el profesor Segura se aprendían las teorías micro sobre la producción y el consumo, pero también la dificultad para que ese enfoque sirviera para analizar cuestiones distintas a la asignación estática de recursos, como eran los fenómenos relativos al crecimiento económico y a la distribución de la renta. Ambos profesores introducían los dilemas asociados a la elaboración teórica y al imprescindible diálogo con la economía real.

No era en aquellas clases donde los estudiantes aprendíamos otras teorías alternativas, pero sí obteníamos una buena contextualización de las enseñanzas ortodoxas y una cierta información acerca de otras teorías. Lo mismo ocurría en otras universidades, salvo en aquellas en las que la docencia corría a cargo de profesores y departamentos empeñados en arropar el tono dogmático de las teorías que explicaban con abundantes dosis de arrogancia y de intransigencia frente a cualquier propuesta disidente.

El invierno académico llegó, precisamente, cuando esas malsanas actitudes se impusieron de manera definitiva. Provista de una colección de dogmas doctrinarios, la demarcación de la *Economics* pretendía otorgar patente exclusiva de calidad académica a los enfoques, los problemas, las técnicas y los resultados que guardaban

fidelidad a los cánones de la ortodoxia. Como consecuencia, cualquier formulación disidente quedaba fuera del análisis económico porque no se correspondía con el quehacer científico de los economistas académicos.

A la vista de aquel marchamo, que cabe considerar como una auténtica tragedia intelectual y social, los disidentes en fondo y forma con las posiciones dominantes nos veíamos forzados a trabajar en un escenario académico árido e ingrato. Afrontábamos la actividad docente teniendo en cuenta que previamente las mentalidades estudiantiles habían sido modeladas para adentrarse en el análisis económico a través de fabulaciones que eran ajenas a las condiciones reales que presentaban las economías. Igualmente, afrontábamos la actividad investigadora teniendo en cuenta que la mayoría de los consejeros y evaluadores de una gran parte de las publicaciones académicas respondían a esas coordenadas ortodoxas.

En aquel contexto, fueron varias las ocasiones en las que tuve intención de escribir en profundidad sobre aquella situación, a veces asfixiante; pero las exigencias de cada momento hicieron que siguiese centrado en trabajar desde las premisas y procedimientos alternativos que, a mi juicio, resultaban más fértiles. Finalmente, ha sido varios años después de jubilarme cuando he encontrado el tiempo y he mantenido el ánimo con el que examinar en profundidad la crítica a las sucesivas versiones con las que la tradición neoclásica ha ido reproduciendo su dominio.

Pienso que facilitar el conocimiento de esa intra-historia puede ayudar a que se adopten mayores cautelas con las que prevenir contra la credulidad, el fraude, la arrogancia y la intolerancia en el análisis económico. Lo cual sería un buen primer paso para incentivar la reflexión sobre las raíces en las que se asientan las formulaciones ortodoxas que se presentan como válidas y que siguen utilizándose en los manuales con los que se inicia a los estudiantes en el aprendizaje de la Economía.

Por eso, la pretensión última de este libro es abrir ventanas intelectuales desde las que apreciar la sideral distancia que separa la teórica neoclásica de las exigencias que comporta el conocimiento de cómo funcionan y cómo crecen las economías capitalistas, cuyas características son radicalmente extrañas a las condiciones de los mercados perfectamente competitivos, el equilibrio general y el crecimiento en equilibrio.

Fabular sobre quimeras es una actividad de la que se ocupan los relatos épicos, como sucede en la Odisea homérica en la que, por ejemplo, se imaginaba que la ambrosía era un producto que condensaba un recital de virtudes, ya que servía a la vez como exquisito manjar y como unguento con el que los dioses preservaban su inmortalidad. Era una licencia propia de un poema heroico, a sabiendas de que ni los dioses ni la ambrosía tienen existencia real, pero servía para dar fuste a una narración que se situaba al margen de la realidad. Sin embargo, fabular no puede ser la ocupación de quienes se dedican a una disciplina analítica cuyo propósito es desarrollar conocimiento sobre la actividad económica, que es un componente fundamental de la vida colectiva de la sociedad.

Hace ya medio siglo que una personalidad tan destacada de la tradición neoclásica como Robert Solow (1970) bromeaba con que la visión matemática por la que se adentraban muchos economistas les hacía comportarse como aquel borracho que, tras extraviar sus llaves cuando caminaba por un lado de la calle, testarudamente se puso a buscarlas en la acera contraria porque allí había una farola que proporcionaba más iluminación. Sin embargo, aun juzgando esa conducta como indeseable, el propio Solow (1988) consideraba que se trataba de un desagradable tributo que había que pagar debido al carácter teórico y técnico-matemático del análisis económico. Tal vez olvidaba recordar dos evidencias de notable relevancia. Un lenguaje